

nos escribió con motivo de las conversaciones de Viena, dándonos las gracias por nuestro discurso: lo único que con relación á aquellas palabras halló que corregir, ó mas bien que sostener respecto de lo dicho por nosotros fue, que si bien las habíamos expresado fielmente, debíamos haber añadido que eran *expresion de toda la alianza*. Perdónenos la augusta memoria de tan gran soberano: nuestra memoria las retuvo con mas exactitud.

Nos atreveremos á decir que Alejandro se hizo amigo nuestro, si es que los principes tienen afectos, y si es que puede haber amistad entre hombres separados por tan enormes distancias. Alejandro fue quien nos dió fuerza para vencer la mala voluntad del Austria, cuando sublevando Nápoles pensó producir una catástrofe en Madrid; él fue tambien quien contuvo á la Inglaterra. Mandó remitir á nuestra persona las cartas mas lisonjeras y manifestó que firmaría con los ojos cerrados cuanto sujetáramos á su aprobacion. Finalmente un correo nos trajo el cordon de San Andrés así que llegó á su noticia la libertad de Fernando.

Quando ocurrió nuestra destitucion, habríamos podido retirarnos á Rusia donde nos esperaban los honores y la fortuna; pero nunca hemos buscado con solicitud, lo que poco nos importa; Alejandro es el único principe hácia el cual hemos sentido una sincera adhesion. ¿Y los demás soberanos? Es una necesidad de la educacion de los pueblos que aun no está concluida; necesidad á la cual nos sometemos con respeto y lealtad, cueste lo que cueste: ¿no es bastante?

XXXIV.

Conversacion con el principe de Metternich. — Billeto del archicanciller de Austria.—Carta de M. Montmorency.—Partimos de Verona.

Del palacio Canossa nos encaminamos á Casa Castellani. Dimos cuenta á M. de Metternich de nuestras buenas intenciones y de las palabras de Alejandro, suprimiendo, sin embargo, la parte relativa á la política general del mundo, que no importaba nada al archicanciller de Austria y que en su concepto nos hubiera hecho pasar por unos visionarios. Quedó ó pareció quedar contento de lo que habíamos dicho al czar por lo tocante á la repugnancia de M. de Villele á la expedicion militar. Sea que el principe no hubiese descubierto el fondo de nuestro pensamiento, sea que á su pesar se viese impelido á revelar el suyo, lo cierto es que nos volvió á demostrar su oposicion á la guerra, conjurándonos á que partiéramos con objeto de apoyar á M. de Villele y de combatir el ardor de M. de Montmorency. Replicamos que á luego de haber llegado á París, pasaríamos á Londres; pero que instruiríamos á M. de Villele de las ideas que en esta conversacion habíamos emitido; de manera que si los aliados lo deseaban, todavía tenían tiempo de enviar correos á Madrid para suspender la presentacion de las *cartas ostensibles*. En seguida nos retiramos añadiendo que habríamos deseado ofrecer nuestros últimos respetos á los piés de S. M. el emperador de Austria. No tardamos en recibir el siguiente billete:

Verona 12 de diciembre, de 1822.

«Acabo señor vizconde de presentar al emperador la expresion de vuestro pesar de marcharos sin haber

podido despediros de él. S. M. I. me ha mandado decir que cree muy interesante vuestro regreso á París para haber podido pensar en deteneros aqui.

«Mucho me alegraré de ver á V. E. antes de su partida, y lo deseo especialmente para darle conocimiento de mi despacho á M. de Vincent. No puedo, sin embargo, disponer de un solo momento en la mañana del dia próximo, que pasaré en Archemia cerca de los soberanos, y trabajando con el emperador mi amo. Si V. E. quisiese hacerme el honor de venir á comer á mi casa, pasaríamos de este modo el tiempo necesario para hablarnos. Si se decide á no permanecer en Verona hasta la noche, procuraré disponer del breve intervalo de hora y media ó dos horas.

Suplico á V. E. me dé sus órdenes y reciba la seguridad de mi distinguidísima consideracion.

METTERNICH.»

Accedimos al deseo del principe, fuimos á verle el 12 por la mañana, y en efecto nos dió conocimiento de un despacho que habia escrito al baron de Vincent, y que solo contenia esas frases diplomáticas, á propósito para no decir nada; pero no es dudoso que á este despacho acompañaría una nota mas explicita. M. de Metternich nos repitió lo que ya nos habia dicho respecto de los inconvenientes de la guerra; pero se le escaparon algunas palabras acerca de las *aberraciones* de Alejandro, de quien vió alejarnos con alegría como un mensajero de paz; ó nuestro semblante y lenguaje son muy engañosos, ó la perspicacia del archicanciller no es tan grande como se expone. Al volver á nuestra casa, escribimos á M. de Montmorency, en París esta última carta:

Verona, 12 de diciembre de 1822.

«Señor duque:

He tenido esta mañana una conversacion muy larga con el principe de Metternich, y otra con S. M. el emperador de Rusia. El primero opina que es conveniente que yo vaya á daros inmediatamente cuenta de ella. En consecuencia, saldré mañana 13, y espero llegar hácia el 20 á París. Por el mismo correo que os lleva este despacho, respondo á dos cartas de M. de Villele. Mi respuesta indica en general la serie de las ideas de que tengo que hablaros.

M. de Caraman os habrá dicho sin duda, señor duque, que los asuntos de Italia han terminado de una manera bastante honrosa para la Francia. Mañana, dia de mi partida, se celebrará la sesion de clausura del congreso, y el lunes próximo, 16, los soberanos y los ministros habrán salido de Verona.

Tengo el honor de recomendar á vuestra bondad los señores de Rauzan y d'Aspremont, y os ruego acepteis con mis felicitaciones por vuestro nuevo título, la seguridad de la alta consideracion con que tengo el honor de ser etc.

CHATEAUBRIAND.»

Salí de Verona el 13, dirigiendo una mirada de tristeza sobre Italia; pero consolándome con la idea de ir á continuar mis *Memorias* á la pálida luz del sol que habia alumbrado las miserias de mi juventud.

GUERRA DE ESPAÑA EN 1823.

XXXV.

Guerra de España de 1823.—M. de Montmorency presenta su dimision.—Soy nombrado ministro de Negocios Extranjeros.

M. Canning ocupaba en Londres el puesto que habia dejado vacante la muerte de Londonderry.—Jorge IV, apremiado por lord Liverpool, habia admitido á M. Canning en su consejo, á pesar de su repugnancia muy natural hácia el defensor y amigo de la reina. En el camino de Verona á París, mi naturaleza habia experimentado un cambio, y purificando mi espíritu de la política, me halagaba la idea de regresar á Londres á hacer el viaje de los tres reinos, para volver á entrar en mi vida interior y abismarme en la soledad de mis recuerdos. Mi existencia de escenas y de mudanzas de decoraciones, está amenazada sin cesar por el silbido del pito que me traslada de un palacio á un desierto, y del gabinete de los reyes al desvan del poeta.

El duque de Wellington, que nos habia tomado la delantera, se hallaba detenido en París, y habia conseguido de M. de Villele que se despachase un correo á los aliados, para invitarles á retardar la comunicacion de las instrucciones enviadas á sus encargados de negocios en Madrid. Al mismo tiempo S. G. propuso al gobierno de Luis XVIII, la mediacion de la Inglaterra. Esta mediacion fue rechazada, porque no ofrecia ningun remedio al mal de la Francia. No obstante, en un *memorandum* del gabinete de San James, por lord Fitz-Roy-Sommerset, fechado en Londres el 6 de enero de 1823, se encarga á Su Señoría que insista en España acerca de algunos cambios que deben hacerse en la constitucion.

El duque de Montmorency entregó al de Wellington el 26 de diciembre de 1823, una excelente nota, en que le explica los motivos de no aceptar la mediacion; este es el último acto del ministerio de M. de Montmorency.

La razon oficial de la dimision de este, es todavía un misterio. ¿Había M. de Montmorency contraido en Verona compromisos que M. de Villele no creyó oportuno realizar? ¿Quería, en caso de guerra, la cooperacion inmediata y material de los aliados? No lo creemos; lo atribuimos mas bien á la incompatibilidad de los caracteres. M. de Montmorency conservaba el recuerdo de la manera con que M. de Villele habia entrado en la presidencia del consejo; tanto mas, cuanto que M. de Mathieu, en el momento de salir para Viena, habia sabido por S. M. que si habia dado esta presidencia, no habia entregado su puesto, sino que lo habia retenido por el convencimiento de la utilidad de sus servicios. M. de Montmorency no carecia de ambicion, pasion legitima en un personaje de su nombre y su mérito; tenia talento é instruccion, y como educado en la gran escuela de donde salió Mirabeau, su lenguaje era natural y persuasivo, y se creia oír la voz de sus buenas acciones. Noble y tranquilo

en la tribuna, pertenecía á una especie que no se altera, y que, obligada únicamente á cambiar de grandeza, habia ido desde los reyes hasta Dios. Si hablaba con la autoridad de la fe del condestable, sus convicciones religiosas se templaban por la dulzura de su carácter y su benevolencia. Su semblante era pálido y sereno; aun no se habia borrado cierta hermosura juvenil; de su frente semi-calva, y una imaginacion bondadosa y viva, derramaba sobre sus graves contornos la gracia de la sonrisa. Conservaba ilustres amigos, cuyas opiniones impugnaba con una austeridad tolerante que aumentaba el afecto por la estimacion. Conociase que en el momento del gran sacrificio hubiera podido escribir á sus amigos, como Enrique II, duque de Montmorency: «Mi querido corazón: os doy el último adios con el mismo cariño que ha reinado siempre entre nosotros.»

M. de Villele y M. de Montmorency, colocados á tanta altura y tan discordes entre sí, no podían marchar mucho tiempo juntos, y un pretexto bastó para separarlos. Asegúrase que se pusieron en desacuerdo acerca de la cuestion de la llamada inmediata de M. de Lagasele. Lo que en esto hay de extraño, es que el dia mismo en que se tuvo noticia de la dimision del duque de Mathieu, se tuvo tambien conocimiento del despacho de M. de Villele, en el que se expresa acerca del gobierno de las cortes, como hubieran podido hacerlo el Austria, la Prusia y la Rusia. M. de Montmorency se alejó, y su separacion fue sentida por todos los hombres de bien de Europa.

Habiendo salido de Verona el 13 de diciembre de 1822, llegué á París el 17, y me apresuré á dar cuenta á M. de Villele de mi última conversacion con el principe de Metternich, de la escasa inclinacion de este hácia la guerra, y de su deseo de ver al gabinete de las Tullerías adoptar medidas pacíficas, así por el temor que le inspiraban nuestras victorias, como por el que tenia de un movimiento de la Rusia. Hallé á M. de Villele en extremo dispuesto á mi favor y muy satisfecho de mi correspondencia, pero lleno de inquietud respecto de su posicion.

M. de Polignac vino á verme, y me advirtió que existía una division entre el ministro de Negocios Extranjeros y el presidente del consejo. Yo le declaré que mi suerte estaba unida á la de M. de Villele, desde que habia arreglado el asunto de su primer ministerio como él (M. de Polignac) lo sabia, y como lo atestiguaban las gracias dadas por M. de Richelieu, consignadas en una carta que aun poseo, y que desde aquel momento habia hallado siempre leal á M. de Villele. M. de Polignac me habló de mis trabajos en Verona, de las pretensiones que yo podia abrigar, y de los rumores que habian corrido de un disentiimiento entre el duque de Montmorency y yo; le respondi que tan lejos estaba de ambicionar el puesto del noble duque, y de querer permanecer en Francia para exasperar los partidos, que sin pérdida de tiempo iba á trasladarme á Londres.

Apresuré los preparativos de mi viaje, y casi no me quedaba que hacer otra cosa que subir al coche, cuando dos palabras de M. de Villele me hicieron saber que M. de Montmorency había presentado su dimisión. M. de Villele me ofrecía la cartera vacante, por orden del rey. Pasé aquella noche en una agitación increíble, y en la mañana del 26 escribí á M. de Villele la siguiente carta:

«Mi querido amigo: la noche da consejos: no es conveniente para vos ni para mí que yo acepte en estos momentos la cartera de Negocios Extranjeros. Vos habeis sido siempre muy bueno para mí, al paso que no siempre he debido hallarme satisfecho de M. de Montmorency, pero al fin pasa como amigo mio, y sería en mí algo desleal el tomar su cartera, especialmente despues de los rumores que han circulado, pues no se ha cesado de decir que yo quería derribarle, que intrigaba contra él, etc., etc. Si hubiese permanecido en un rincón del ministerio, ó el rey le hubiese dado un inmenso retiro, como el empleo de *Montero Mayor*, las cosas cambiarían de aspecto; pero aun entonces quedarían en pie nuevas dificultades.

Sabeis, mi querido amigo, cuán adicto os soy; tengo la fortuna de servirlos con bastante eficacia cerca de esa fracción realista contraria á vuestro sistema. Yo los calmo, detengo y enfreno, mediante la confianza que tienen en mí, dentro de los límites de una justa moderación; pero perdería inmediatamente toda mi influencia, si entrase en el ministerio sin traer conmigo dos ó tres hombres, de esos á quienes es fácil desarmar, pero que serían en extremo peligrosos en la próxima legislatura, sino podeis arreglarlos con ellos. Creed, mi querido amigo, que el momento es crítico. Podeis manteneros veinte años en el puesto que ocupais, y elevar la Francia al mas alto grado de prosperidad, ó podeis caer antes de dos meses y volver á hundirnos en el caos. Esto depende enteramente de vos y del partido que vais á tomar. Yo os suplico, en nombre de la amistad y de mi lealtad política, que aprovecheis la ocasión que se presenta para consolidar vuestra obra. Por lo demás, apruebo mucho que toméis la cartera de Negocios Extranjeros, como la teniais, *interinamente*. Esto os dará el tiempo necesario para ver venir y arreglar los negocios. Debo también deciros con franqueza que hay un ministro de Negocios Extranjeros que pudierais elegir, á cuyas órdenes yo no podría servir, y mi dimisión sería un gran mal en estos momentos. Hé aquí, mi querido amigo, una parte de las mil cosas que tengo que deciros. Nos veremos y hablaremos. Estad, por lo demás, persuadido de la verdad de que mi suerte política está unida á la vuestra, y que con vos continuaré en mi puesto ó caeré.»

En cambio de esta carta, M. de Villele me envió el siguiente billete:

«He recibido vuestra carta, mi querido Chateaubriand, y no puedo decidirme á presentarla al rey, antes de haberos visto; ¿podeis recibirme un momento antes de una hora?»

Vuestro de corazón,

JOSÉ DE VILLELE.»

Vi á M. de Villele, y le hice todas las reflexiones que me parecieron á propósito para decidirle á dejarme marchar. Fué á ver al rey, y este me envió á llamar; habló conmigo mas de una hora, habiendo tenido la bondad de instarme; yo me resistí respetuosamente, pero concluyó diciéndome: «Te mando aceptar.» Obedecí, pero con un verdadero disgusto, porque en el acto conocí que el ministerio sería mi muerte. El martes 1.º de enero de 1823, pasé los

puentes, y fuí á acostarme en ese lecho ministerial que no estaba hecho para mí; lecho donde apenas se duerme y donde se permanece poco.

Es, pues, falso que hubiésemos deseado la caída de M. de Montmorency. Al ir á tomar mi pasaporte para Londres, hallé en el ministerio de Negocios Extranjeros á M. Bourjot, y le dije que aunque se hablaba de mí para ministro, estaba todavía lejos de haber accedido á reemplazar un hombre del mérito de M. de Montmorency. Todo cambio en el personal de los negocios ocasiona disidencias, pues el ministro que sale tiene partidarios que hablan mal del que entra. Esto es muy sencillo y solo interesa á los dos ministros, al paso que el público ó no se ocupa de ellas, ó se rie de estas miserables rivalidades. No conservo el mas ligero recuerdo desagradable de todo lo que entonces pudo decirse; yo me proponía únicamente probar que mi respeto á M. de Montmorency había sido tan grande y completo como podía serlo. El duque de Mathieu era, como yo, superior á todas estas declamaciones políticas, y lo demostró. Anunciándome en una carta de 1821 que había sido nombrado ministro de Negocios Extranjeros, me decía: «Debeis dar crédito al sincero afecto del hombre que hace mucho tiempo os es fiel, y que no puede menos de agradecer la manera con que muchas veces le habeis favorecido.» El 27 de febrero de 1823, dos meses despues de mi entrada en el ministerio, me escribía: «Yo no quiero esperar, noble vizconde, el primer día en que tenga la seguridad de hallaros, para daros gracias por la manera favorable en que habeis hablado de mí en vuestro gran discurso. He llegado por desgracia demasiado tarde para oírlo, y acabo de leerlo con el mayor interés. Habeis estado especialmente oportuno en lo relativo á la Inglaterra, y este es un punto esencial.

Por lo demás, para contemporizar con los intereses de este lado, como de todos los demás, permitidme os diga que espero ser tambien de vuestra opinión: «*Démosnos prisa á obrar respecto de España.*»

XXXVI.

Luis XVIII.—Su poca inclinación hácia mí.

M. de Villele, al ofrecermé el ministerio de parte del monarca, se había expresado con una amistad modesta, porque lejos de hallar á S. M. inclinado en mi favor, le había costado un gran trabajo determinar su voluntad; los reyes no tienen mas atractivo para mí, que el que yo tengo para ellos; les he servido como mejor he podido, pero sin interés y sin ilusiones. Luis XVIII me aborrecía, porque tenía respecto de mí, envidia *literaria*. Si no hubiera sido rey, hubiera sido miembro de la Academia, y se hubiera mostrado dócil al espíritu de antipatía de los clásicos contra los románticos. Su magestad me conocía poco; yo le cedía voluntariamente la palma, pues nada disputo á nadie, ni aun á un poeta porta-cetro; no conozco á literato alguno detrás del cual no me sienta muy sincera y humildemente dispuesto á eclipsarme.

No obstante, conseguí agradar al rey mas allá de lo que hubiera podido pensarse, y de tal manera, que llegué á causar miedo por mi crédito á mis colegas. Su magestad se dormía con mucha frecuencia en el consejo, y tenía mucha razón, porque si no dormía relataba historias. Tenía un admirable talento mimico, lo que no gustaba á M. de Villele, que quería ocuparse de negocios. M. de Corbiere ponía sobre la mesa sus codos, su caja de rapé y su pañuelo azul; los demás ministros escuchaban silenciosamente. Yo no podía menos de divertirme con las relaciones del rey, y él por su parte, se alegraba visiblemente de ello. Cuando advertía su buen éxito, antes de empezar una historia, buscaba una excusa y decía: «Voy á hacer reír á M. de Chateaubriand;» y en efecto, yo era en

estos casos un cortesano tan natural, que me reía como de real orden.

Por lo demás, M. de Villele no logró que S. M. me eligiese, sino porque apenas tenía mas inclinación hácia M. de Montmorency que hácia mí. Entre nuestros reyes, es una tradición la desconfianza de los nombres; desconfianza que se trasmite de reinado en reinado; su tenaz memoria se acuerda de las guerras de los grandes vasallos; alquilan á los nobles como criados, porque los quieren en su guarda-ropa, y les temen en sus consejos.

M. de Montmorency disgustaba á Luis XVIII por su vida antigua y por su vida nueva, por sus opiniones pasadas y por sus virtudes presentes.

XXXVII.

Historia de las sociedades secretas en Francia.—Proclama del ejército de los hombres libres.—Todos los partidos han tenido emigrados.

No bien me vi instalado en el ministerio, volví á las ideas que me habían preocupado en Londres y en Verona, y resolví procurar la estabilidad de la restauración y la grandeza de la Francia, pues me hallaba en un puesto en donde podía obrar con eficacia. Como hombre de conciencia, y queriendo asegurarme á fondo de la justicia de la causa, me dediqué á estudiar los hechos y los acontecimientos, y me convalidé mas que nunca de los peligros que rodeaban la monarquía. Las pruebas de la traición son innumerables.

Las sociedades secretas habían empezado en Francia desde la última caída de Bonaparte en 1815. La policía descubrió sucesivamente las sociedades del *Alfiler negro*, de los *Patriotas* de 1816, de los *Buitres*, de *Bonaparte*, de los *Caballeros del sol*, de los *Patriotas europeos reformados*, y la de la *Regeneración universal*. Canciones, discursos, folletos, la corte de Touquet, caricaturas, ediciones compactas impías y filosóficas, todo entró como otros tantos envenenados elementos en esas sociedades disolventes. Unos tomaban parte en ellas á sabiendas, y otros se encontraban envueltos en su acción sin saberlo: no todas conocidas, y las gentes se reían al oír hablar de ellas, y no obstante, su existencia era cierta. Los que no les daban asenso, pasaban en concepto del público, por hombres juiciosos y de gobierno, en tanto que los afiliados á estas sociedades se burlaban entre sí de estas capacidades privilegiadas y los atrapaban como á unos imbéciles. Vastas conspiraciones abarcaron en 1816 á París, y los departamentos del Ysere, del Ródano y la Sarthe. Estas asociaciones se perfeccionaron en 1820, afiliándose á los *Carbonari* de Italia, que produjeron en España los *Comuneros*. Las insurrecciones napolitana y piemontesa dieron á conocer mejor estos *Carbonari*, cuyos principios monárquicos en su origen para rechazar la dominación de Bonaparte, se convirtieron gradualmente en los de los Jacobinos de la Francia.

Las diferentes sociedades mencionadas se fundieron en París en la de los *Carbonari*. Estos estaban divididos en secciones llamadas *Círculos* ó *Ventas*; había Ventas particulares y Ventas centrales, Altas Ventas y una Venta suprema ó comité directivo. Nadie podía ser admitido al primer grado de la asociación, esto es, la Venta particular, á no mediar el testimonio de carbonarios aprobados; era preciso patentizar que se aborrecía la legitimidad, á no ser militar á media paga ó retirado, porque en este caso se consideraban como hechas las pruebas de este aborrecimiento.

La Venta particular no excedía de veinte miembros llamados *Buenos primos*. El que era descubierta, se decía estar *en la ley*. Los diputados de veinte ventas

particulares componían una Venta central; esta se comunicaba por medio de un diputado con la Alta Venta, la cual, á su vez, recibía por conducto de un emisario la orden de la Venta suprema ó comité directivo. Cada *Carbonario* no conocía sino á los miembros de su Venta.

Todo *Carbonario* debe conforme al artículo 55 de los estatutos, *guardar el secreto de la existencia de la Carboneria, de sus signos, de su reglamento, y de su objeto respecto de los profanos.*

Artículo 60, título V: *El perjurio, siempre que tenga por objeto revelar el secreto de la Carboneria, será castigado con la pena de muerte.* El crimen se juzga en secreto, y uno de los Buenos Primos es el designado por la suerte para ejecutar la sentencia.

Los *Carbonari* no escribían, y no se comunicaban entre sí, sino verbalmente; se revelaban unos á otros por medio de medias cartas recortadas que se adaptaban á otras medias. Tenían palabras de paso y de orden, señales de la mano y de los brazos; unas veces, por medio de la unión de los dedos, formaban las letras C y N doble; otras pronunciaban las palabras *Speranza* y *Fede*, y separaban las sílabas *Cari-tá*.

Las letras C y N doble, significaban Jesucristo y su Padre; la Fe, la Esperanza y la Caridad eran su interpretación misteriosa. Estos ateos marchaban bajo el estandarte de los cristianos; todas las revoluciones del globo vienen á colocarse á la sombra de este *lábaro* que ha dado la señal del cambio de las tierras. El carbonarismo venía de Italia, y la Madona saludada por los *Piferari* en los bosques, había presidido á la libertad.

Los *Carbonari* se obligaban á obedecer ciegamente á la Venta suprema, y debían estar provistos de un fusil, de una bayoneta y veinte y cinco cartuchos; tenían además, puñales, é imponían en la caja comun cinco francos al entrar en la sociedad, y un franco mensual. Su número ascendía en Francia á mas de 60,000. Los miembros invisibles de la Venta suprema se ocultaban en el fondo de un santuario impenetrable. Desde este *Santa Sanctorum* enviaban á la muerte á los *Corbinari* vulgares, prometiéndoles derramar ardientes lágrimas y frecuentar su tumba.

En el transcurso de 1821, treinta y cinco prefectos denunciaron sociedades de *Carbonari*. París tenía centenares de Ventas: la *Victoriosa*, la *Sincera*, el *Triunfo*, la *Washington*, la *Belisario*, la *Westermann* y los *Amigos de la Verdad*. Manteníanse en cuevas sombrías, en aposentos misteriosos y en desvanes desconocidos como los conciliábulos de las brujas. Una especie de conscriptos para los motines cobraban su paga á la luz del día, y los presos recibían socorros en las cárceles. Los tumultos de julio de 1819 y la conspiración del 19 de agosto de 1820, empezaron la acción de los afiliados. En diciembre de 1820 se verificó la fuga del coronel Duvergier; los carbonarios franceses se pusieron en camino para ir á socorrer á los hermanos de la *Fontana de Oro*, y desde Madrid debían marchar con los españoles á las fronteras de Francia bajo la bandera tricolor, y á su paso infestaron nuestro cordón sanitario.

Estas Ventas, cuyos misterios eran pueriles á fin de sobreexcitar la imaginación novelesca de los candidatos jóvenes, tenían por su naturaleza latente y volcánica, bastante fuerza para quebrantar el mundo, y aplicadas al débil trono de los Borbones podían hacerlo saltar; por fortuna, el carácter francés no es adecuado á las fuerzas secretas, pues no sabemos como los alemanes, reunirnos á la luz de la luna en los ruinosos muros de algún antiguo castillo; no nos reunimos en los bosques de los Apeninos, en las cavernas bañadas por las solitarias olas del Adriático como los italianos para soñar en el porvenir; no nos retiramos como los españoles al fondo de nuestras conspiraciones y el silencio de nuestra esperanza bajo las palmeras de